A 50 AÑOS DEL DIA QUE CAMBIO LA HISTORIA



EL 17

Los protagonistas creyeron que se trataba de otro día soleado de primavera, pero poco después todos comprendieron que la concentración que estrenó a la Plaza de Mayo como escenario de la expresión popular se había transformado en una bisagra de la historia. Este suplemento analiza qué cambió ese "aluvión" en la política contemporánea y da voz a varios de esos protagonistas, cuatro de ellos anónimos obreros de Berisso, que construyeron un nuevo país en su inédito recorrido hacia el Centro.

SUPLEMENTO ESPECIAL



NOS HABIAMOS AMUCHADO TANTO

En octubre del '45 se inauguró la "sana costumbre" de ir a la Plaza "para ser pueblo". El peronismo hizo suyo ese estilo y lo trasladó a la 9 de Julio cuando el renunciamiento de Evita y a Ezeiza con la vuelta de Perón. Lo que va de la manipulación al protagonismo.

(Por Mario Wainfeld) El 17 de octubre se inauguró una sana costumbre: ir a la Plaza. No para estar, sino para ser: ser pueblo, protagonista. El protagonista del 17 de octubre es la gran masa del pueblo, que todavía no se llamaba así. A cincuenta años vista, apaciguados los ánimos, los historiadores pueden disentir en mil detalles pero no en ése. Cipriano Reyes se atribuye todo, pero la historia ulterior lo desmiente: hubo muchas otras plazas sin su aporte. Hay quien opina que Evita agitó multitudes. Sus mejores biógrafas (Marysa Navarro, Alicia Dujovne Ortiz) sospechan que incidió poco: no era tan conocida ¿cuánto podía hacer? Perón, en las vísperas, no la veía ni cuadrada: escribe una carta a Evita quejándose de las traiciones, asumiendo su retiro, prometiéndose un bucólico futuro en pareja. Es la tierna carta de un hombre vencido. La oposición, la futura Unión Democrática creía que iba ganando cuando estaba perdiendo por KO. Nadie entendía... salvo el pueblo. La única información la suministraban noticieros radiales cada hora y los diarios. ¿Cómo sabían qué pasaba si no había radio a transistores, ni TV, ni móviles acompañando a Perón? ¿Cómo podían saber? No es sencillo explicarlo pero innegablemente sabían qué tenían que hacer. Que su presencia en la Plaza podía cambiar la historia. Que si ellos iban, si estaban, si cantaban, Perón no sería un coronel retirado con delirios de grandeza sino el hombre del destino, el centro de amores y odios por más de treinta años.

En la Plaza fueron "el pueblo". Hubo quien dijo, dice y dirá que tal identificación no es correcta: "pueblo somos todos"... los que eran y estaban –apenas cuarenta, cincuenta, cien mil personas– y los muchos más que no fueron. Siempre hubo calculadores de multitudes... que se equivocaban por dos lados. *Se equivocaban contando, porque las multitudes peronistas amuchan más que las otras.* Meten más gente por metro cuadrado. Cultura de cancha tal vez, necesidad del calor humano. O esa curiosa inclinación que tienen los pobres a la incomodidad. Además se equivocaban porque los miles de asistentes a las misas laicas representaban al pueblo, en un doble sentido: obraban en su nombre y "hacían de pueblo" en su intrincada relación con los líderes. *Esas muchedumbres eran una muestra tan precisa como la de la mejor encuesta.* Obrando expresaban las necesidades, deseos, reclamos de muchos otros. El 17 dialogaron por primera vez con Perón; le preguntaron lo único que tenía prohibido contestar ("¿dónde estuvo?"). Perón calló, escamoteó la información.

Desde entonces el peronismo fue pasión de multitudes que urdían con los líderes diálogos de enamorados, simplotes, con más pasión que ingenio, sólo comprensibles para quien participa. No es posible traducirlos con una lógica cartesiana o utilitaria.

¿Qué fue el renunciamiento? La multitud le pidió a Evita que aceptara ser candidata a vicepresidente. Evita rehusaba tácitamente, pidiendo tiempo. Como ocurre en los boleros el pueblo sabía que si no conseguía el "sí" esa noche, en la 9 de Julio, no lo conseguía más. La pregunta es para qué tanto gasto. ¿Evita negoció el apoyo popular, lo hizo para apretar, para sacar una concejalía o un ministerio? Todo puede ser, pero no parece. ¿Para qué ese acto "gratuito"? ¿Es posible que simplemente quisiera contarle sus condenas –ser proscripta, morir pronto- a su interlocutor favorito, para llorar juntos?

Tampoco parece muy lógico que miles de jóvenes, de otra generación y casi todos de otra clase social que los que hicieron el 17 de octubre, intentaran cruzar no ya el Riachuelo sino el río Matanza para que el General no estuviera solo en su regreso a la patria. Pero el 17 de noviembre de 1972 muchos lo intentaron, algunos lo lograron.

Hubo otro Ezeiza, el feroz 20 de Junio del '73, el definitivo regreso del hombre. ¿Vale la pena arriesgar la vida por ganar un acto? Nadie contestaría que sí hoy, casi nadie cree en causas por las que dar la vida. Por entonces muchos creían que valía la pena jugarse: ganar ese acto equivalía a ganar la interna del peronismo, que equivalía a ganar la historia. Ese día no hubo diálogo porque Perón no bajó. En unaescenografía distinta, a cielo abierto, una multitud nunca vista y una violencia inédita demostraban que el peronismo ya no podía ser, porque no podía meter en la botella los demonios que había desatado.

El 1º de Mayo del '74 una buena parte del pueblo (desde Ezeiza el pueblo ya no fue uno) usó el diálogo para reprochar a su líder. Lo increparon: "¿qué pasa General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?". ¿Tiene sentido cuestionar a un jefe en público, irse como un novio despechado? En su momento lo tenía: ese reproche familiar, similar a decirle "pero che", teatralizaba una crisis profunda del peronismo. Al unísono la reflejaba y la profundizaba.

Muchos porfían: todo fue manipulación. El líder movía los hilos y la masa sólo "ratificaba" con su presencia. Por cierto, el mundo es complejo: las causas a veces son efectos y viceversa. Pero visto en perspectiva queda claro que el pueblo sacó a Perón de su letargo y lo puso en la historia, que lloró con Evita su proscripción y su futura muerte; que anticipó el 20 de Junio tiempos de masacre y el 1º de Mayo la crisis del peronismo. Desde luego, no ganó todas las veces, ni se salió siempre con la suya. Hizo muchas preguntas que no fueron contestadas ("dónde estuvo, Coronel") y reclamos no satisfechos ("no renuncies Evita"). Pero dijo qué pensaba, qué quería, puso en más de un brete a sus dirigentes y a veces cambió el rumbo de los acontecimientos. No fue poca cosa.

UN TESTIMONIO CALIFICADO

"Sin galera y sin bastón"

(Por Marta Cichero) El hombre de calva pecosa, ojos celestes y bigotes blancos, testigo presencial de los días previos y del 17 no quiere revelar su nombre. Tampoco quisiera contar lo que va a contar porque se ha jurado no hablar más del peronismo, no contribuir a hacer su historia. Tomo sus palabras como una concesión.

Primero dice que el 17 no fue una rebelión de las masas. El siempre quiso quitarle esa connotación revolucionaria que le daban "los Hernández Arregui" (sus amigos), pintando al 17 de Octubre como un día en que salieron los "sans culottes" a quemar la Bastilla. Bien podrían haberla quemado, pero hay dos hechos que contradicen ese estado de ánimo. Uno es el canto:

"Yo te daré, te daré Patria hermosa;
te daré una cosa que empieza con P"

La cosa más ingenua y más linda del mundo. Y los días siguientes, el 18 y el 19, días en que hubo manifestaciones por todo Buenos Aires, no se rompió ni una vidriera. Iban cantando y cantando.

El llamado se pareció al tan-tan de la selva. Salieron a la calle a la misma hora, el mismo día. Fue un día raro, porque nadie dio la orden.

"El día 16 yo estaba en el estudio de Jauretche y llegaron Pedro Arnaldi, un compañero de Gerli, Occipinti, y otros hombres.

—Doctor —le dijeron a Arturo–, mañana nos venimos para Buenos Aires.

—¿A qué? —preguntó Arturo.

—A liberarlo a Perón, es el único cañoncito que nos queda para pelear contra la oligarquía.

"Pedro Arnaldi era fumista, limpiaba chimeneas, y no estaba agremiado porque los que hacían chimeneas venían del anarquismo y eran cuentapropistas. Murió creyendo que su intervención había sido determinante en la liberación de Perón, en su llegada al poder. Y aquello no fue una epopeya, fue una fiesta."

El hombre de calva pecosa asegura que la policía y el ejército fueron complacientes. Dice que para comprenderlo hay que mirar unos días atrás. "Yo lo vi el 10, en el acto de despedida de Trabajo y Previsión. En ese acto Perón dice por primera vez la famosa frase: 'Del trabajo a casa y de casa al trabajo'. Yo creo que ya se había dado por vencido."

"Después ocurre lo del 12 de octubre, cuando sale a la calle una cosa misturada: la oligarquía, el Barrio Norte, con el PC y las asociaciones judías, que hacen un acto frente al Círculo Militar. Un acto en contra de Perón, en contra de los militares y reclamando la entrega del gobierno a la Suprema Corte. Fue un picnic en Plaza San Martín: los manteles blancos extendidos, las niñas arrodilladas en el césped de la Plaza, los mucamos con guantes blancos sirviendo la comida y el champán. ¡Como era la resistencia heroica y había que quedarse todo el día hasta que la cosa se resolviera, no podían ir sin sus mucamos!", ríe.

"Pasó algo extraño. Si yo quisiera hacerme eje de la historia, también diría: 'lo hice yo'. Ese día andaba desde muy temprano con un amigo, Luis Peralta Ramos y nos encontramos con el capitán Lavalle que, después nos confesó, era el correo entre Casa de Gobierno y Campo de Mayo. Llevaba noticias sobre los sucesos de la ciudad. El creía, como el ejército, que desplazando a Perón se podía seguir adelante con el proceso militar.

—Si te asomás a la Plaza te vas a dar cuenta de que el sentido de lo que pasa no es a favor de ustedes—, le dijimos.

"Cuando vio eso, dijo: —Esto se termina. Me voy a Campo de Mayo. —Una hora después intervenía el ejército y la policía y baleaban a los de Plaza San Martín. Ahí matan a quemarropa al doctor Ottolenghi, un médico famoso.

Además, se equivocaron. A Trabajo y Previsión fue Juan Fentanes, que anuló algunas reivindicaciones. Entonces creció el malestar, la incertidumbre y la gente, espontáneamente, salió.

"Una de las fotos más reproducidas debe ser la de la gente lavándose los pies en la fuente, que provocó ese artículo de la señora de Oyuela acercadel 'sacrilegio cometido por esa gente'. Era gente que había venido a pie desde tan lejos que, por lo menos, ¡meter los pies en la fuente!

¡Y no eran sólo los pobres! El 17 a la noche estuve en la plaza con la hermana del general Sánchez de Bustamante. Había todo un sector nacionalista que después fue el peronismo bienudo, que fue a la Plaza el 17. El dicho de los obreros, en distintos lugares era: 'Sin galera y sin bastón, es el pueblo de Perón'. Y entre las tantas manifestaciones que llegaban a la Plaza, vi venir una de una cuadra por Avenida de Mayo, encabezada por un viejito bacán que yo conocía, Ramírez García o algo así, un hombre de Corrientes. Había sido radical pero por bronca con los conservadores y los alvearistas se hizo peronista, como el viejo Quijano. Y venía al frente, con su galera y su bastón, gritando: '¡Sin galera y sin bastón...!'."

Mario Manusia



Cuatro de los protagonistas que dieron su testimonio a *Página/12*. De vuelta en la Plaza.

LOS SIGNIFICADOS DEL 17

VOLVER AL FUTURO

Durante la década inicial de peronismo, cada 17 de octubre era una fiesta. Desde la "revolución libertadora" en 1955 hasta los años 70, la mención de "otro 17" evocaba significados diversos: "luche y vuelve", pueblada, revancha, acto de emancipación, "combatiendo al capital"... Hoy en día, en los términos del menemismo, son repudiadas por igual las "nostalgias del '45" y las utopías: sólo se permite vivir el presente en perpetuidad. Justo lo contrario del "otro 17", que era el triunfo de la memoria sobreviviente y la ilusión de la reconquista.

(Por J. M. Pasquini Durán) En varias ocasiones, durante este siglo, la Argentina vivió ilusiones de futuro. Una de ellas ocurrió el 17 de octubre de 1945, cuando emergió otro país, distinto al que habían imaginado los conservadores que derrocaron a Hipólito Yrigoyen en 1930. Aquel caudal popular se formó con afluentes diversos, unos venían del pasado y otros emergieron en el momento, pero todos juntos, al combinarse, generaron una corriente diversa. El nuevo proletariado industrial asumió un protagonismo central, eligió un caudillo supremo, entre ambos construyeron una relación directa en un movimiento invertebrado y se dieron una doctrina donde podían reconocerse rasgos de los pensamientos anarquistas, socialistas, de la doctrina social de la Iglesia, del nacionalismo militar y, también, de los datos fundacionales del fascismo italiano.

Su elemento distintivo fue la justicia social, tanto es así que se lo puede nombrar indistintamente como peronismo, por su líder, como justicialismo, por su impronta. Nadie representó ese sentido con tanta legitimidad como Evita. Las condiciones personales de Juan Domingo Perón y la heterogeneidad del Movimiento fomentaron una conducta autoritaria, verticalista, de culto a la personalidad y contraria a los postulados de la democracia liberal y de la dictadura del proletariado.

Apoyándose en uno u otro argumento el país quedó dividido, por décadas, en dos bandos (peronistas vs. antiperonistas) con una imantación tan fuerte que traspasaron otras definiciones ideológicas. Así, en los dos lados, a lo largo de los cincuenta años que hoy se conmemoran, pueden encontrarse de un extremo al otro del arco político, de ultraderecha a ultraizquierda.

La cerril proscripción política por más de tres lustros (tan absurda, inhumana y, a la larga, tan ineficaz como el bloqueo norteamericano a Cuba) que pretendió "desperonizar" al pueblo, le dio contornos de leyenda, echó leña al fuego de la violencia y acunó en el sentimiento mayoritario la nostalgia por la pérdida forzada. Quisieron desaparecerlo pero lo arraigaron en la memoria. Una lección de la historia que deberían tener más presente los que hoy anhelan imponer el olvido por decreto.

Con socarronería y cuotas de realismo, Perón solía explicar la supervivencia de su liderazgo con una frase contundente: "No es que yo fuera tan bueno, sino que los otros que vinieron después eran muy malos". Los ejemplos confirmatorios incluso lo sobrevivieron: nueve años después de su muerte, la mayoría electoral que había sido patrimonio exclusivo del peronismo durante cuatro décadas quedó depositada en otras manos, las de los radicales que la habían ambicionado sin alcanzarla hasta la refundación democrática en 1983.

Y una vez más, la sorna de Perón tuvo razón. La persistente confrontación de peronistas y antiperonistas, en el contexto sostenido de inestabilidad institucional y económica, y luego de dos guerras sucesivas (una "sucia" y la otra formal), invirtió el sentido de la historia: el futuro se hizo añoranza. El menemismo es la directa consecuencia de la frustración alfonsinista. La mayor promesa de Carlos Menem es ofrecerle al país y a su gente, algún día de un mañana indeterminado, otra época de bonanza como aquella del primer gobierno peronista (1946/52).

Durante la década inicial de peronismo, cada 17 de octubre era una fiesta. Desde la "revolución libertadora" en 1955 hasta los años 70, la mención de "otro 17" evocaba significados diversos: "luche y vuelve", pueblada, revancha, acto de emancipación, "combatiendo al capital"... Hoy en día, en los términos del menemismo, dejó de ser una fiesta popular y rige la prohibición oficial para ciertos retornos. En el discurso gubernamental, son repudiadas por igual las "nostalgias del '45" y las utopías: sólo se permite vivir el presente en perpetuidad. Justo lo contrario del "otro 17", que era el triunfo de la memoria sobreviviente y la ilusión de la reconquista.

"¿Cómo acabar con un poder de riqueza creciente cuyo rasgo fundamental es que deshumaniza el bien acumulado por el trabajo y que bajo la formadel circulante metálico es el instrumento del especulador?", se preguntaba en el 1500 Tomás Moro, humanista católico y autor de *Utopía*, mientras finalizaba el ciclo político del primer Renacimiento. La actualidad de la pregunta, casi medio milenio después de formulada por Moro, puede ser interpretada de dos maneras. Una, menemista, que podría ofrecerla como prueba de que la riqueza y el especulador son invencibles y por lo tanto "si no los puedes derrotar, únete a ellos". La otra, justicialista en su más amplia acepción, podría confirmarla como la continuidad de la epopeya popular que rememora aquel 17 de octubre de hace medio siglo.

Decidir cuál de las dos respuestas es más peronista es tan vano como adjudicarle la paternidad del plan económico a Menem o a Cavallo. El plan seguirá con estos padres o con los tíos, siempre que la fuerza de la propuesta de los poderes reales que lo respaldan sea mayor que la de sus opositores. De un modo parecido, el menemismo ganará en las urnas aunque de aquí en adelante festeje el 17 de Octubre como el día que comenzó la cumbre de presidentes en Bariloche. En 1983, Raúl Alfonsín no "desperonizó" a la mayoría electoral: le hizo creer que era posible una ilusión en el futuro. Aquellos que en el futuro consigan restablecer esa confianza, tendrán su propio 17.



CESAR JAROSLAVSY

"Si yo me llamara González"

"Después de la salida de Perón del gobierno, cuando lo llevan a Martín García, se charlaba todo el tiempo de eso. Yo tenía mi primer trabajo como administrativo en la fábrica de ladrillos Falcone, Petracci y Bursari, que estaba en la avenida Sebastián El Cano, de Colegiales. Se corría la voz de que la gente iba a liberarlo. La gente empezaba a tener plata en el bolsillo, y sus discursos eran sociales. Decían lo que todos queríamos: que había que mejorar la vida del trabajador.

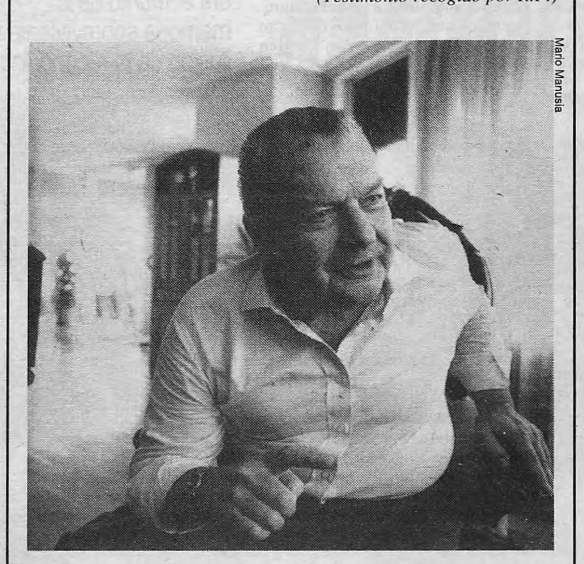
"Yo no estaba encuadrado políticamente aunque mi familia era radical. Pero mis lecturas eran Manuel Gálvez, Scalabrini Ortiz, los revisionistas. Diría que era nacionalista. Estaba contra el fraude, contra los ingleses y el imperialismo. Era lo que pensaba y es lo que sigo pensando.

"Eso me simpatizaba a pesar de la contradicción que me generaba la situación internacional: porque yo estaba a muerte con los aliados.

"El 17 nos encontramos en Caballito con compañeros del industrial 2 y fuimos caminando; éramos como 15. No había una convocatoria explícita pero se sabía que venía la gente del Sur. Nosotros llegamos a eso de las 7 de la tarde. No pudimos avanzar más allá de la municipalidad porque estaba todo lleno.

"En diciembre volví con mi familia a Entre Ríos. Ya en Paraná busqué conectarme con gente peronista. Pero allá había muchos antisemitas. Se me agudizó la contradicción entre mi nacionalismo y el 'nazionalismo' corriente. En las elecciones de febrero del 46 ya voté por TamboriniMosca. Siempre pienso que si me hubiera llamado González, seguramente habría sido peronista."

(Testimonio recogido por R.F.)


Mario Manusia



EL LUGAR MAS DESEA

EL MITO D

Con su apa
balcón de la
Perón pa
historia arg
clase obre
que le habí
convirtió al
perpetu

(por Tomás Eloy Martínez) La noche del 17 de octubre de 1945, el General inscribió tres mitos en la imaginación argentina: el del militar ungido por el óleo sagrado de la pasión popular y canonizado por lo que se llamaría, desde entonces, "baño de muchedumbre"; el del balcón de la Casa Rosada como altar ineludible de esa ceremonia, y el de la consagración del Ejército como punto de partida para los que quisieran conducir los destinos de la patria.

Esos tres mitos, que iban a oscurecer la historia del último medio siglo, no brotaron voluntariamente. En el discurso de aquella noche, a Perón le interesaba comunicar otras moralejas: quería explicar que abandonaba el Ejército, a cuya familia pertenecía desde 1910, para abrazar la causa del pueblo. Así admitía, por fin, que deseaba postularse como candidato a la presidencia de la República. Quería también mostrarse como un hombre sentimental, emocionado por los mismos valores que conmovían a la multitud de la Plaza. Dijo que se iría a descansar a Chubut, donde lo esperaba su santa madrecita (a la que no le dirigía la palabra desde 1935) y pedía "como hermano mayor", que todos volvieran tranquilos a sus trabajos, "protegiendo a las mujeres obreras" que se habían movilizado.

En las sociedades sin escritura –como era la de la Plaza de Mayo en 1945–, los mitos ocupaban el lugar que después ocuparía la historia: aseguraban –lo dice Lévi-Strauss– que el futuro permanecería fiel al presente y al pasado. Esa noche nacieron también mitos satélites que seguirían en pie durante décadas: uno supuso que el Líder, el Conductor, debía tener una pinta como la de Gardel, con la sonrisa un poco ladeada y el pelo tieso de gomina; un tercero, instaló la sensación de que las arengas del Líder eran más eficaces si se provocaban un diálogo espontáneo con las masas; uno más decidió que el día siguiente a las manifestaciones debía ser feriado, "San Perón". Otro mito, más patético, es el de las manos levantadas ante la multitud, como quien se dispone a dar un inmenso abrazo. Perón lo había copiado no de Mussolini, como se ha dicho, sino de los boxeadores a los que admiraba en aquellos tiempos: Paceda, el Torito Suárez y el Tigre de Alfara.

Todo lo que sucedió durante la hora larga que va desde las once y cuarto de la noche del 17 de octubre de 1945 hasta la medianoche pasada es la mejor metáfora de las esperanzas y desilusiones que después aquejarían a los argentinos: ese momento –que incluye la salida del Coronel del Pueblo al balcón de la Plaza, su magistral discurso y la desconcentración– parte en dos la historia argentina y, a la vez que la explica, la resume.

El balcón fue el paraíso codiciado por la mayoría de los golpistas argentinos, desde los "libertadores" de 1955 hasta los carapintadas de Monte Caseros y Villa Martelli. Onganía intentó sustituirlo por la carroza de la Sociedad Rural en 1966, e hizo el ridículo. Galtieri se asomó a un fugaz –y desconcertrado– baño de muchedumbre cuando anunció, él también con los brazos en alto, la invasión de las Malvinas. El único presidente que logró levantar emociones parecidas a las de Perón fue Alfonsín, que en 1985 y 1987 era el símbolo de la democracia recién re-

"Papá era yugoslavo y se hizo tan argentino, más criollo que mate amargo. Trabajó treinta y nueve años en el frigorífico. Su oficio era el de ganguero. Era el hombre que hacía señas a sus compañeros para que las reses que se iban enganchando en las grúas llegaran a la boca de la bodega. Abajo había quince personas y a cada una le tocaba cargar una media res de doscientos cuarenta kilos, congelada. ¡Si habremos mandado carne a Inglaterra! Era muy ingrato.

"El 5 de enero de 1942, un mes después que había terminado la primaria, Papá dijo: trabajar o estudiar. Y entré en la *The Pattern Knitting*. Tuvimos que hacer papeles falsos porque necesitaba un certificado de catorce y yo tenía trece. Gente muy educada, eran ingleses pero accesibles. Con el advenimiento de Perón, propuso a todas las empresas que tuvieran aprendices operarios que les dieran la oportunidad de seguir estudiando. Gracias a Dios terminamos la secundaria. Gracias a la llegada de este hombre.

"Los domingos Papá recibía *La Nación*, porque venía en colores. Y nosotros le leíamos el diario. Los yugoslavos somos muy sensibles y la llegada de este hombre nos reventó. Mi padre creyó que era un dios que había bajado para él. La Mala Real era una compañía de barcos que venía a cargar. Cuando pedía el remolcador él le decía a mi vieja: "Preparáme el mono", la ropita por si llovía. Eran cinco, seis días. Había que llenar el barco hasta arriba, cerrar todo, medir la temperatura... qué dormir. Mi padre vio la transformación, no lo podía creer. Compró su casa en tres años de trabajo en el gobierno de Perón, con 12.000 pesos ¡al contado! ¿Le va a hablar mal de Perón? Lo pasa a degüello.

"En la semana de octubre, cuando Papá se entera de que Perón está detenido, va al sindicato. Los trabajadores abandonan el barco. Se abandonan todos los establecimientos. Van sección por sección llamando al paro, paro, paro.

Testimonio: Juan Duimovich

"Todavía disfrutamos del 17"

Yo estaba en la hilandería y ya entonces había oposición a Perón. El comunismo estaba muy arraigado. Hicieron una reunión en el comedor de la hilandería para que firmáramos que no estábamos conformes con la huelga. Nadie obedeció. Cuando se puso en marcha, fue imparable.

En el sindicato de la carne, la esquina de Montevideo y Punta Arenas, se agrupa gente. Se llamaba a la gente con redobles de tambores y latas, y se fue haciendo como un hormiguero que estalla...

"El 16 se producen unos desmanes porque los estudiantes nos hostigaban. Y así cobraron, pobrecitos. Una familia muy noble de Berisso se quejó a la policía porque "esos negros estuvieron haciendo barullo toda la noche". ¡Claro, si no fue a dormir nadie! ¡Déle, déle y déle! Nos tiraban piedras en La Plata pero así bajamos a unos cuantos porque era época de poda y estaban los tronquitos lindos. Iban y venían las cosas. No me gusta la violencia, pero fue un hostigamiento brutal. Nosotros decíamos Perón, Perón, Perón y Perón.

"No dormimos esa noche. En las esquinas de Berisso, se tomaba mate en una casa, en otra. Papá me dijo: "Si no sabés volver, en Constitución hay un tren que te trae de vuelta", y se fue. El se enloqueció pobrecito. Y nosotros, sin saber nada de nada, ni qué hacíamos, solamente queríamos rescatar a Perón. Ibamos cantando con un palito en la mano, por las dudas. Fuimos en tren, ¡si no se pagaba! Pasamos por el puente del ferrocarril, fuimos a un bar a comer un pan de viena grandote con mortadela. Teníamos los pies bastante cansaditos. Y Perón, y Perón y nada más. Lo vi de lejos cuando apareció. No sé qué sentí en ese momento. No se puede explicar el misterio de Perón. Empezamos a cantar, a brincar, la alegría es contagiosa. ¿Qué dijo? Nosotros estábamos en otra cosa. Teníamos diecisiete años: veíamos una piba, le decíamos un piropo. Se logró el objetivo y se produjo el desbande. Para mí Perón era más que político, era apóstol. ¿Sabe por qué? El predicaba.

"Bien o mal, todavía estamos disfrutando el 17 de Octubre. En el Swift y en el Armur todos los lunes nos empezaron a dar zuecos nuevos. Antes se trabajaba descalzo, la fábrica no daba los elementos: la ropa, loscuchillos para faenar el animal, la piedra para afilar. Y entonces comienza un pequeño abusarse. Perón se ve obligado a subsidiar a la empresa por los daños que se estaban cometiendo. Ese es el grave error: combatir el capital. Estábamos destruyendo las conquistas".

(Testimonio recogido por M. C



Mario Manusia

Duimovich: "Gracias a Perón terminamos la secundaria"



)O POR LOS POLITICOS

EL BALCON

ción desde el Casa Rosada, ó en dos la tina. Dió a la la dignidad negado pero ército en tutor del poder.

Desde entonces, el balcón perdió su magnetismo y se convirtió en una caricatura de lo que había sido: Menem lo aprovechó para presentar a la selección subcampeona del mundo en 1990, y más tarde, para seducir a Oliver Stone con el paisaje de Buenos Aires cuando aún se creía que Michelle Pfeiffer iba a cantar la ópera *Evita*.

Sin embargo, sobre nadie pesó tanto la ilusión de repetir el 17 de octubre como sobre el extravagante Massera. Cultivó la pinta gardeliana, supuso que la fatalidad de los pre-

cuperada. En dos ocasiones, más de cien mil personas se reunieron en la Plaza de Mayo para defender ese símbolo, y en ambas salieron defraudadas por las frases conciliadores del presidente: "Felices Pascuas, "obediencia debida".

sidentes ungidos por el Ejército se acabaría cuando lo eligieran a él, hizo que Varela Cid le publicara en forma de libro el discurso con el que pensaba apoderarse de la Plaza, y hasta trató de aliarse con la viuda de Perón para asaltar el poder a su manera. La exageración de sus crímenes le cortó las alas.

Los mitos nacidos el 17 de octubre persistieron en la imaginación nacional durante todo este largo medio siglo, pero hace ya mucho que son un espejismo. La última persona que recreó las glorias de ese día fue Evita, cuando apareció –piel y huesos– el 1º de mayo de 1952 para pronunciar el discurso más fanático e incendiario de su vida.

Después de eso, ni siquiera el General pudo disfrutar del balcón a sus anchas. Perón ya no era el mismo en octubre de 1952, cuando acababan de regalarle –también a él– una Ferrari 212 Inter de color rojo furioso, como reveló la revista *Thoroughbred & Classic Cars* en su número de setiembre. Las ceremonias de la Plaza se convirtieron en rutina primero y después, a mediados de 1955, en baños de sangre.

Peor fue todavía cuando regresó del exilio, en 1973. La "música maravillosa" de los diálogos con el pueblo se convirtió en el rugido insubordinado de los montoneros, y los brazos en alto de los saludos ya ni siquiera se veían bien, porque a veces los apagaba el filtro de un vidrio blindado y otras veces era López Rega el que agarraba al General por los codos, como si sostuviera a un boxeador en declive.

En su discurso del 17 de octubre de 1945, el General insinuó que la Argentina debía transformarse en un cuartel, porque para él los cuarteles eran el mejor de los mundos posibles. Se había educado en ellos y ellos eran su única familia. A la madre no quería verla desde 1935, cuando supo que iba a casarse con uno de los peones de su campo del Chubut, y con su hermano tenía un trato distante, monosilábico. Las ideas de unidad, nacionalismo y orden que deslizó aquella noche eran –creía Perón– el único remedio capaz de aniquilar el fraude, la corrupción y las injusticias contra los desposeídos.

Esa noche, la más luminosa de su vida, ofrendó a la clase obrera la dignidad que siempre se le había negado pero, a la vez, convirtió al Ejército en un tutor perpetuo del poder. Esa noche acabó también con el fraude y con las formas tradicionales de la corrupción. Sólo ahora se sabe que no fue para siempre.

JUAN PUIGBO

"Un nuevo sindicalismo"

"En el '45 hay un concurso para entrar a la Secretaría de Trabajo. Como yo estaba suspendido en Derecho, me postulo y gano. El departamento clave era la Dirección de Asuntos Legales, que dirigía Eduardo Stafforini. A mí me mandan a Asuntos Gremiales.

"En Asuntos Legales, la figura fue Luis Cerrutti, que había sido presidente de la Unión Ferroviaria. Fue nombrado jefe del departamento de conciliación de Asuntos Legales. Desde allí se articulaba la relación con los dirigentes sindicales haciendo la mediación de los conflictos y sacando los convenios. Había 12 secretarías, que eran las que tenían relación con los sindicatos.

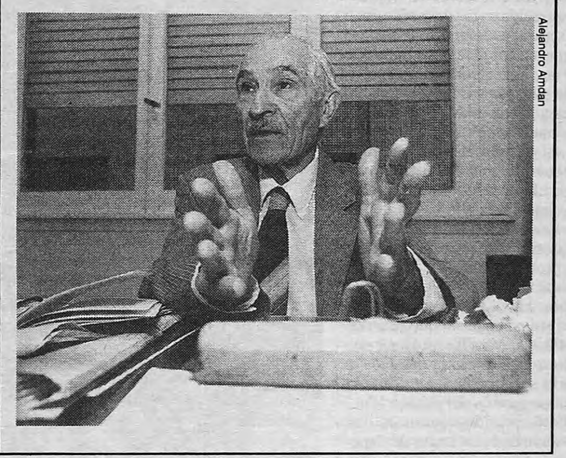
"Hay que tener en cuenta que los gremios tenían un pobre desarrollo: había 120 mil ferroviarios y el resto eran gremios de servicios: tranviarios, telefónicos, comercio. La UOM tenía 3 mil afiliados. En ese departamento la prioridad era atender a los delegados.

"Cerrutti era un tipo de la máxima confianza de Perón, al igual que los secretarios, que no eran abogados sino tipos de la calle. Perón, que era vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo, venía tres días por semana a la Secretaría. Recibía a unos 25 gremios por vez. Lo primero que llamaba la atención era su seguridad, además de la cordialidad y la simpatía.

"Toda la estructura era de contacto con la gente y rodearse de un sindicalismo nuevo. No creo que se haya inspirado en Mussolini, porque éste tenía gremios que eran correa de trasmisión del Estado, igual que Lenin. En cambio, Perón fomentó a sindicalistas independientes. La personería gremial, reconociendo a un solo sindicato, sólo era la forma de centralizar.

"El 17 no hubo nada centralizado, salvo lo de Cipriano Reyes y las marchas de los días previos. También Eduardo Colom, un ex radical sabatinista que había fundado *La Epoca* unos días antes para apoyar a Perón, dejó en su estudio de escribano de Avenida de Mayo al 700 dos muchachos de enlace. De Evita sólo se puede decir que era la amante no muy pública del hombre más importante del Gobierno: no era todavía Evita".

(Testimonio recogido por R. F.)



Alejandro Amdan

Testimonio: Roberto Nucetelli

"Vi a Perón y era Dios Padre"

"De chico fui peón de panadero. Me iba solito a las cuatro desde la 60 hasta la Domingo Liberato, ocho cuadras. Salía de mi casa corriendo y mirando para atrás, y llegaba con la lengua afuera. Tenía miedo a mi propia sombra. A los doce años éramos medio cerraditos de ojos. Mi padre casi no hablaba. Estaba en la punta de la mesa y los nueve hermanos sentados. Nadie podía discutir de fútbol ni de política. Lo único que me decía era: "Nunca votés a los radicales." El caudillo conservador acá era Hortensio Ramos, un hombre que llegaba al bar Sportman, donde se reunían los políticos, en un sulky, tiraba tres tiros al aire y no quedaba nadie. Yo lo vi.

"Los sábados a la tarde y domingos lo acompañaba a mi padre a dos terrenos a plantar papas, con un zapincito chiquito. El me enseñaba a levantar paredes. Yo tenía siete años y le tenía que tener preparado el material para fabricar macetas a las cuatro de la tarde, la hora en que él volvía del Swift.

"La semana de octubre ya tenía 17, y escuché hablar a los mayores: decían que Perón tenía que volver. Imagínese, él empezó a dar beneficios laborales. Ya no podían tenerlo a uno diez, doce, dieciséis horas trabajando. ¡Si lo sabía mi padre! Entraba a la mañana, pero no sabía cuándo se volvía, en su petisito. Una vez salió tan cansado que se durmió y el caballo siguió de largo hasta la mitad del camino a La Plata. Cuando se despertó volvió, pasó por casa, le contó a mi madre lo que le había pasado y se fue otra vez a trabajar.

"Esos días estaban todos reunidos en las esquinas. Hablaban de Perón. No había gremialistas ni sindicalistas ni dirigentes. El 16 me escapé con los muchachos del barrio a La Plata. Todos agarramos un palo de una pulgada y media por quince centímetros. A ese palo después le tallé: "Viva Perón" y lo guardé en el galpón más de treinta años, todo tapado. ¡Pero no le pegué a nadie! Ahora me doy cuenta de que sentíamos que íbamos a una guerra, a una pelea hombre con hombre. De algunos balcones nos hacían burlas. En La Plata se rompieron vidrieras. Se fue al diario *El Día*, que era contra, a la Casa de Gobierno...

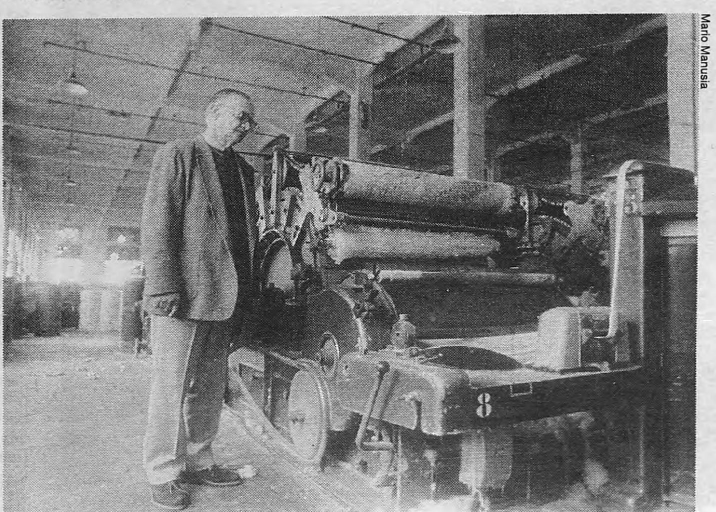
"Pienso que del 16 al 17 no dormí, desesperado por salir temprano a la calle. En casa nadie sabía. Salí como para trabajar pero ese día no se hizo nada, no hubo nada. Todos decían: "Si vamos a Buenos Aires a Perón lo sacamos." Yo creí que estaba en una comisaría. Cuando supe dónde estaba, me di cuenta de que si el pueblo no salía lo hubiesen matado. No hubiéramos tenido un presidente como él.

"Los pibes nos subíamos a los camiones llenos, caminábamos otro poco por el Parque Pereira. El puente ya estaba levantado y yo me quería tirar al río. Un agente de policía me dio una patada fuerte y yo lo maldije, pobre hombre, que en paz descanse. Me decía que me fuera de ahí, que me iba a caer al agua. Después bajaron el puente. En las casas donde pedíamos permiso para ir al baño nos daban sandwiches. Los chicos decían: "Yo me voy con la gente". Algunas madres les pedían que volvieran, otras mujeres se unían. Ibamos gritando Perón, Perón, Perón y Perón. Cuando llegamos a la Plaza alguien salió a decir que en un rato iba a hablar el General porque yo creo que si no, la gente se llevaba la Casa de Gobierno para otro lado. ¡Lo veo, lo estoy viendo! Me hace llorar (llora con la cabeza entre las manos). Estaba ahí nomás, siempre me colaba. Lo vi aparecer con su uniforme. ¡Lo que era eso, lo que era eso! Ver a Perón era ver a Dios Padre. Era Dios.

"¡Y me lavé los pies en la fuente, sí! Ahí, y en cada canilla que encontramos. Corríamos entre las piedras, entre los adoquines, con esas zapatillitas de cuero con suela finita. En otra calle había una especie de bañadera larga, donde salía un chorrito de agua. Y éramos setecientos mil los que metimos los pies. No teníamos sed, necesitábamos agua para los pies. Y ésa fue la historia grande de Perón.

Por lo que oí hablar de antes, cuando a uno lo tenían ahí agarrado, el 17 fue como salir de una jaula. Desde entonces, se podía hablar, se trabajaba mejor, había más horas de descanso, no se perseguía, no le decían en la puerta de la fábrica: vos podés entrar, ¡vos no!

(Testimonio recogido por M. C.)



Mario Manusia

Nucetelli: "Con el palo, sentíamos que íbamos a la guerra."

LA FRACTURA CULTURAL

EL CHE VA A LA PLAZA

No sólo Tim Rice falsea la historia cuando coloca al Che Guevara como relator de su ópera "Evita". La versión de la presencia del revolucionario en la Plaza, curiosamente reactualizada en estos días, es una parábola sobre la fractura cultural del '45. La alianza generacional entre aquellos peronistas de la primera hora y los jóvenes que no conocieron el 17 de Octubre explica además el fragoroso '73.

(Por Rubén Furman) Llegó a ser una controversia famosa en los setenta pero con raíces en la lucha histórica entre "civilización y barbarie". El Che Guevara, ¿fue insensible a la irrupción popular del 17 de Octubre? O peor aun: ¿estuvo en la Plaza y "no entendió nada" de lo que estaba pasando?

Como una letanía de esta vieja polémica, un reciente testimonio de Andrés Amil, entonces militante de fierro de la FUBA, la reactualiza. "Para mí eran pocas cuadras, pero el joven flacucho y asmático que volvía a mi lado tenía que patear decenas de cuadras hasta su casa. Lo llevé a la mía. El Che Guevara durmió en casa el 17 de octubre de 1945 y a las seis del día siguiente nos fuimos a cumplir tareas", cuenta Amil en el último número de la revista *Historia* (testimonio tomado por Santiago Senén González y Fabián Bossoert).

El cruce del Riachuelo por los descamisados no fue, ciertamente, un hecho decisivo en la vida del joven Guevara. Hay varias explicaciones posibles. Hijo de una familia acomodada, su principal interés político a los 17 parece haber sido un fiel correlato de las preocupaciones familiares: espiar una colonia de nazis surgida en Alta Gracia. También habría que aclararle a los chicos que la televisación en vivo ni siquiera se soñaba; las radios no transmitían en directo y los diarios de la Capital llegaban recién un día después a provincias alejadas como Córdoba. Pero la imagen del joven que fisgonea en la Plaza sin entender demasiado, va más allá. Parece una referencia elíptica a la fractura social del '45 en dos mundos culturales: el de los *libros*, al que pertenecían Guevara y la izquierda, y el de las *alpargatas*, con el que se queda el peronismo. Aunque para ello haya que fabricar una historia a la medida de necesidades políticas o de algún ansia de protagonismo.

"Es esa misma Plaza, cerca de la Catedral, había un muchacho que miraba sin entender lo que ocurría: era el Che Guevara", recitó hace pocos días a este diario (y también a otros) el senador Antonio Cafiero (73) en su versión del primer 17.

Cafiero presidía entonces las Asociación de Estudiantes de Ciencias Económicas, "compuesta por muchachos nacionalistas, forjistas y católicos" y opuesta a la FUBA. El guía espiritual era el profesor Diego Luis Molinari, en cuya casa se reunieron esas noches los estudiantes simpatizantes del coronel para barajar la posibilidad de una demostración de fuerza en la que sólo el dueño de casa, un ex radical sabatinista, creía. Allí celebraron las noticias de Tucumán y Berisso, donde los obreros del azúcar y la carne votaron el paro político por la restitución de Perón.



"El 17 marchamos a la Plaza con nuestro grupo. Hasta el mediodía casi no había gente. Pensamos que habíamos perdido. Hubo corridas y nos refugiamos en la tienda El Coloso, de Florida y Avenida de Mayo. Los cosacos estaban formados a ambos lados. Cuando vi avanzar una columna de los frigoríficos pensé que todo terminaba en un tremendo enfrentamiento. Hasta que uno de los cosacos grito 'Viva Perón' y tiró la gorra al aire. Allí nos dimos cuenta de que íbamos a ganar", evoca Cafiero.

En su relato surgen una caminata hasta el Hospital Militar, luego de que corriera la bola de que Perón había sido traído desde Martín García. También el regreso a la Plaza y un encuentro con Amil y su grupo, con los que los "muchachos peronistas" estaban enfrentados. Allí habría estado ese muchacho flacucho que "observaba sin comprender". "Supongo que me lo presentaron", asegura Cafiero con alguna imprecisión.

Ambos relatos chocan con el de Ernesto Guevara en su libro *Mi hijo el Che*. "Nuestra familia vivía en 1946 en la calle Chile 288 de Córdoba, Ernesto estaba dando sus últimas materias en el quinto año de bachillerato en el colegio nacional Deán Funes", dice. Relaciona los hechos de manera difícil de olvidar para un padre: "Nos trasladamos a esa casa en los primeros meses del '43. En mayo de ese año nació en ella mi hijo JuanMartín. Allí vivimos más de tres años". En su extensa relación no menciona en ningún momento el 17 de Octubre del '45.

Por honestidad, Cafiero admite que, en rigor, "nadie tuvo en ese momento un noción exacta de que era un momento histórico: nadie había organizado esa movilización que era un hecho fantástico. De esos que le ocurren a un pueblo una sola vez".

TESTIMONIO: JOSE TRAVILSE

En los tiempos del "standard"

"Allá por el año '40 yo empecé como lechero. Después trabajé en el Swift siendo menor, en picada. Un tiempo en la Patagonia, que se llamaba así porque era un lugar muy frío donde se depostaban los corderos. Los chicos sacábamos la carne que quedaba entre las costillas, dejábamos el esqueleto limpio.

"Quedé huérfano muy chico y mi madre por lo general trabajaba en el frigorífico pero en aquellos años ese trabajo no era estable. Si necesitaban la tomaban por cinco, seis, diez o veinte días. Después, a su casa. Cuando la gente se congregaba a pedir trabajo a veces los echaban a manguerazos. En el frigorífico empecé a interesarme por la política. Tenía catorce años, en el '40.

"El mayordomo de la sección picado tenía que decidir si uno daba el standard, el promedio, para conservar el trabajo. Un día vino y me dijo que me despedían porque no daba el standard. Y yo le contesté: '¿Cómo sabe que no lo doy, si acá trabajamos diez y tiramos todo en el mismo lugar?' Es posible que fuera yo. Tenía un mal cuchillo y no tenía con qué comprar uno nuevo. El mayordomo era un hombre corpulento, con un vozarrón terrible. Yo le tenía mucho miedo. Me dijo que me iban a poner aparte para probarme. Duró poco. Al rato vino y me dijo: 'Vaya a cobrar, está despedido'. Le dije: 'Usted no es un hombre de palabra. No me ha pesado ni siquiera lo que tengo acá. Usted es un falso'. ¡Uy, decir eso en aquella época! Al tiempo me volvieron a tomar, porque lo del standard era una excusa para sacar gente cuando no se necesitaba. Después me hice vago. No me preocupaba si hacía o no el standard, si iba al baño y tardaba...

"Yo estuve desde el inicio al lado de la revolución del '43. No compartía el nacionalsocialismo, semimilitarizado. Estábamos de acuerdo con esa revolución que reemplazó a un régimen que no dejaba votar, que hacía fraude. En el '44 alquilamos el local donde estaba la panadería Bruni, en el triángulo de Montevideo. Era una pieza de cuatro por cuatro, con un escritorio que no sé quién trajo y nos pusimos a afiliar a la Juventud de la Unión Cívica Radical, origen de la Junta Renovadora. Conseguimos afiliar doscientos noventa y dos personas. Un día pasó un muchacho amigo, descendiente de árabes como yo, por la vereda. 'Vení, che', le gritamos. 'Queremos apoyar a este gobierno porque está haciendo cosas buenas y estamos propiciando la formación de un comité. ¿No te querés afiliar?' 'Bueno', dijo. Y como él tantos. Para formar la comisión fuimos a buscar a un señor de la Villa San Carlos, Antonio Gallina, porque era un señor mayor.


Mario Manusia

Travilse; "Todo era una excusa para echarnos gratis".

"Estábamos muy atentos, preocupados por la salida del General Perón. Pensábamos que él era el alma mater y que la revolución sin él podía tomar otro cariz. Fue una cosa espontánea. Un muchacho trajo un camioncito, nos subimos y nos fuimos, un poco a defenderlo a Perón y otro poco a conocer la Capital. ¡Eramos jóvenes! De acá nunca habíamos salido. Nos fuimos con la intención de aportar nuestra presencia porque ya sabíamos que había gente reunida.

"Debemos haber pasado por el viejo puente de Vélez Sarsfield, ése no se levantaba. Creo, porque yo no conocía. Por donde fuimos había gente, pero no tanta. En la Plaza sí, cualquier cantidad de gente. Salimos el mismo 17 y antes de que hablara Perón nos volvimos porque el muchacho que había puesto el camión al otro día tenía que trabajar. En la Plaza había mucha gente, mucho bullicio, muchas mujeres. Era un clima de protesta, no de alegría. Alegría hubo después. Era una muchedumbre que reclamaba, no una muchedumbre alegre.

"Eran épocas pesadas aquellas. La política no era un asunto para chicos. ¿Qué les pasó a los hermanos de Reyes cuando se tirotearon con la gente de Peter, por la conducción del gremio? Murió uno. Recuerdo que cuando lo llevaron a enterrar pasaron frente a mi casa y vi al Coronel Perón entre la gente. Usaba una capa que supo verse en alguna foto, con el forro colorado."

(Testimonio recogido por M.C.)

CINCUENTA AÑOS DE PERONISMO

CUMPLEAÑOS DEL ZOMBIE

(Por Miguel Bonasso) A sus cincuenta años, el peronismo es un muerto vivo que se mueve gracias a los impulsos eléctricos de ese doctor Frankenstein que es el ingeniero Alsogaray.

¿Cuándo se murió el gigante invertebrado y miope que retrató John William Cooke? Recientes pesquisas aseguran que fue ahorcado en los bosques de Ezeiza el 20 de junio de 1973, cuando su progenitor regresaba definitivamente al país.

La suerte del gigante quedó sellada unos meses antes de la matanza, cuando Juan Domingo Perón decidió (secretamente) ocupar personalmente la Presidencia y sacar del medio a Héctor Cámpora, el presidente vicario que él mismo había designado, cuando fue proscripto por la dictadura militar de Lanusse.

El relevo estaba previsto por el propio Tío, que lo sentía justo y lógico, y por una Juventud Peronista que había acuñado la consigna: *Cámpora al gobierno / Perón al poder*. Sólo que ese paso deseado hacia la unificación del poder formal con el poder real se dio en circunstancias totalmente adversas y bajo el signo de una conspiración contrainsurgente que finalmente conduciría al abismo del Proceso militar.

En primer lugar, y esto es algo que sabían bien sus médicos Jorge Taiana y Pedro Cossio: con 77 años muy vapuleados, Perón no estaba en condiciones físicas de asumir la Presidencia de la República. Además de los problemas broncopulmonares y sus pólipos en la próstata, el líder justicialista estaba afectado por la arteriosclerosis y una pericarditis senil, que acabó de matarlo el 1º de julio de 1974, a escasos nueve meses de haber asumido su tercer mandato. En esas condiciones, que ninguno de los protagonistas ignoraba, el cumplimiento de la consigna "Perón al poder" equivalía a entregar la Argentina a Isabel y López Rega.

Si la circunstancia del relevo era negativa, la manera de ejecutarlo fue aún peor. Como dueño del caudal político y electoral del peronismo, el General tenía derecho a cancelar en cualquier momento el mandato otorgado a su delegado personal Héctor Cámpora, pero debía hacerlo con delicadeza hacia un hombre que le había sido fiel y cuidando de no dañar las frágiles instituciones de una democracia recién recuperada. La operación requería un cirujano calificado y no un matarife como López Rega.

Si dejamos de lado la teoría del "cerco" y otras fantasías de la historia oficial, que imaginan a Perón "sacrificándose" para asumir el gobierno debido a la incompetencia de Cámpora, surgen dos preguntas: ¿por qué el Viejo aprobó el sacrificio de la "juventud maravillosa"?, ¿por qué alentó un complot contra un hombre que siempre estuvo dispuesto a dejarle la silla?

Llevo más de tres años hurgando en la correspondencia secreta Perón-Cámpora y los documentos no dejan margen para el autoengaño: el General participó activamente en la destrucción de su propia criatura.

Lo hizo por varias razones que me están llevando un largo libro desentrañar. Pero que tal vez puedan sintetizarse recordando aquella curiosa alianza generacional entre un peronista "de la primera hora", como era Cámpora y esos "bombos nuevos del Movimiento", que forjaron la JP más poderosa de estos 50 años y movilizaron a cientos de miles de personas bajo la consigna de la Patria Socialista.

En agosto de 1972, el Delegado de Perón sólo podía apoyarse en la Juventud Peronista para desplegar las movilizaciones de "Luche y vuelve", que culminarían con el regreso del General, el 17 de noviembre. Los sindicatos (al menos una buena parte de ellos) habían dejado de ser "el sector dinámico" del Movimiento; las conducciones burocráticas, trabajadas por las centrales sindicales norteamericanas, seguían las pautas del dialoguismo vandorista o del participacionismo de Rogelio Coria y no querían enfrentarse con el régimen militar. Poco podía esperar el Delegado de aquella burocracia sindical y menos aún de una burocracia política "justicialista", que estaba infestada de agentes dobles como Jorge Daniel Paladino. Sólo algunos viejos "leales" y esa Juventud, que exaltaba a las"formaciones especiales" e imaginaba una Evita montonera, tenían el empuje y la generosidad de sí mismos para enfrentar la represión y hacer factible un regreso que había fracasado estrepitosamente en 1964, cuando fue piloteado por Augusto Vandor.

Esa alianza, que Perón bendijo y que volvió a triunfar en la intensa campaña electoral de 1973, iba mucho más allá de las especulaciones policiales de un Lanusse que vio a Cámpora como "punta de lanza del montonerismo" o de la creencia ingenua de que era un revolucionario. Ni idiota útil de los montoneros, ni revolucionario, el Tío representaba -nada más y nada menos– que al peronismo "del '45", con todas sus virtudes y limitaciones. Con su verticalismo monolítico y su voluntad, contradictoria pero real, de democratizar a la sociedad argentina. Un peronismo "histórico" que él personificó a nivel nacional y otros dirigentes como Ricardo Obregón Cano, Oscar Bidegain, Miguel Ragone, Atilio López, Jorge Cepernic, o Alberto Martínez Baca encarnaron en las provincias.

Los "sobrinos" no habían conocido el 17 de Octubre, y algunos ni siquiera provenían de familias peronistas. Una buena parte de los "nuevos bombos" había nacido a la militancia después de la Noche de los Bastones Largos en Ciencias Exactas, cuando la dictadura militar rompió la ilusión de la universidad como isla democrática y colocó a los estudiantes de clase media en un pie de igualdad con los perseguidos de siempre, que eran los obreros peronistas.

La unidad de ambos sectores sociales favorecería un ascenso ininterrumpido de las luchas populares, que arranca en el Cordobazo, alcanza su cota de movilización más alta el 25 de mayo de 1973 y naufraga para siempre en Ezeiza; el prólogo de los años de plomo. Esa marea ascendente levantaría al propio Perón, que a fines de los 60 estaba en el peor momento de su ostracismo y parecía cercano a la jubilación política. El General, a su vez, legitimaría con su espaldarazo los métodos insurreccionales de "los muchachos", abriendo la puerta de la confluencia entre los peronistas del '45 y la generación del '68. Una amalgama que produjo el triunfo del 11 de marzo y el retorno del peronismo al gobierno, tras 18 años de proscripciones. Pero que por la magnitud de sus éxitos acabó convirtiéndose en una amenaza para la oligarquía, para la política contrainsurgente que desplegaba Washington y para el propio jefe que no admitía los pases de facturas, ni a los segundos que se le volvían populares.

Un jefe que el 21 de junio de 1973 avaló a los que habían organizado la emboscada de Ezeiza y condenó a las víctimas. En un discurso "prudente y realista", que mereció el apoyo de la Unión Industrial Argentina y del eterno ingeniero Alvaro Alsogaray. Que saben leer entre líneas y descubrieron, enseguida, que se trataba de un certificado de defunción.

TESTIMONIO: JUAN CLIDAS

"Por eso había tantos bombos"

"Yo era director de una murga y fui uno de los promotores del 17 de Octubre. Vivía sobre la costa del río, en la orilla frente a la casa de los Reyes, calle Génova. Era la murga de los carnavales y esa murga fue la base del 17. Además de la nuestra, Los Martilleros, salió la murga "La Terraza" y "Estrella de Oriente", de Los Talas. Por eso hubo tantos bombos.

"Trabajaba en el frigorífico desde el '41, de cuchillo. Era menor, yo soy del 12 de octubre del '25. Empecé picada y después pasé a plaza de novillos donde se cuereaban los animales.

"Festejamos mi cumpleaños el 12. Esa noche preparamos los bombos, que se desarman después de los carnavales. Si no, el parche se estira, se afloja y al armarlo otra vez se raja. Eso nos llevó más de diez horas, porque teníamos dieciseite bombos y veinticinco tambores. Fue la murga más grande de Berisso, una comparsa impresionante. Y el 13 salimos de mi casa hasta la Escuela 52 de la Montevideo, de ahí hasta la comisaría y el correo, hasta el centro... La policía nos tiraba gases lacrimógenos, mojábamos los pañuelos en el agua de la zanja, lo pasábamos por los ojos y vuelta. Así el 14, y el 15.

"Yo iba adelante. Los que tocábamos los instrumentos íbamos adelante y la gente venía atrás. Salíamos fuera de mi casa, tocábamos los bombos y se amontonaba sola la gente. Sonaban los bombos y a los quince minutos teníamos cien personas. Y el 16, cuando nos enteramos de que Perón no venía, que lo podían matar, explotó todo, hubo un revuelto grande. Eso fue algo impresionante. Nos juntamos con otros barrios, gente de la Nueva York, la gente que salía del frigorífico después de acatar el paro y nos reunimos en el barrio Sportman, y de ahí nos fuimos a pie hasta La Plata. Recibimos una descarga en Trieste y la 164, Río de Janeiro, otra descarga en el puente Roma. La gente se iba sumando al grito de 'Perón sí, otro no'. Llegamos al escuadrón de Policía y nos julepeamos un poco porque pensamos que la policía nos iba a atacar con la caballería. Nos amontonamos con la gente del sindicato que iba armada.

"Antes de llegar a donde se les da de comer a los caballos, el edificio colonial tiene unas ventanas grandes, altas, con rejas negras. De una de esas ventanas sacaron la foto de Perón. No sé lo que fue eso, me da ganas de llorar. En mi vida viví algo igual. La policía estaba con nosotros. Al llegar a La Plata caminando, había un hormiguero de gente. Nos abrazaba, nos daba agua, gritaba contenta. Y Perón y Perón. La Plata era nuestra. "Cuando llegamos al diario *El Día* nos apedrearon, y ahí fue donde rompimos el diario a pedradas y baldosas que algunos locos arrancaban del suelo. Después fuimos a la Casa Penna, una casa tipo rotisería pero en gran escala. La gente entró y rompió todo, no dejó una cosa en pie. La gente estaba enceguecida, en ese momento le hablabas mal de Perón y capaz que te mataban. Los muchachos se llevaron de todo. Yo no porque andaba con el instrumento de la murga pero si no, me llevaba también. ¡Seguro, la franqueza ante todo! Las mortadelas gordas, los salamines. Se llevaron todo. La limpiaron.

"Volvimos a las ocho de la noche a Berisso y atacamos la Casa Radical de Berisso, la rompimos toda. La casa de Bassani, del doctor Sánchez que vivía en la calle Montevideo, a media cuadra del Correo. El biógrafo terminó ahí.

"Al otro día me fui a Buenos Aires en un camión de carnicero. Salimos como al mediodía con los instrumentos de la murga, cerramos la puerta pero no toda para que se pudiera respirar y hasta Buenos Aires no paramos. Pasamos por el puente Avellaneda y llegamos a las cinco de la tarde. Bajamos los instrumentos y empezamos a gritar Perón, Perón, Perón, Perón, Perón y hasta que no salió no paró. Eso fue un loquero.

"Es que en el '43, cuando empezó el movimiento peronista y vinieron esas conquistas estábamos en el cielo. El 17 de Octubre lo hizo Reyes, salió de acá. Y no es porque yo sea berissense."

(Testimonio recogido por M. C.)


Mario Manusia

Clidas: "Aquel 17 lo hizo una murga".



Barrio Norte descubrió con asombro el retumbar de los bombos.

APUNTES DE UNA NIÑA BURGUESA

"Me parece que vienen para acá. Acá es este barrio, mi casa, esta vida sin sobresaltos. Y no hay nada más inquietante para un chico que no saber demasiado qué es lo que viene de allá." Así irrumpió el peronismo en la vida de la escritora y periodista que, aquel 17, conoció el retumbar de bombos y gentes, pensó que los adultos no entendían demasiado y siguió leyendo La Isla del Tesoro.

(Por Magdalena Ruiz Guiñazú) Recuerdo perfectamente aquel 17 de octubre del '45. Habíamos faltado al colegio reiteradas veces durante las semanas anteriores bajo la genérica explicación de "hay lío" y, aun desde el universo propio y egoísta de los chicos, había un cierto *crescendo* que podía palparse en la mesa familiar y en interminables conversaciones donde los mayores parecían particularmente preocupados por situaciones que se calificaban, a veces, en formas diametralmente opuestas. "Así empezaron las cosas en España", cotejaban algunos refiriéndose a la Guerra Civil. "Tiene muchos puntos de contacto con Mussolini. Acordate de la Marcha Sobre Roma" y como de Mussolini yo, personalmente, tenía una imagen terrorífica (la de su cuerpo balanceándose, inerme, junto al de su amante Claretta Petacci) debo confesar que mis ensoñaciones estaban pobladas por referencias macabras que ¡oh, terror! parecieron confirmarse cuando los estudiantes que habían tomado la vieja Facultad de Derecho (vivíamos entonces en Las Heras y Pueyrredón) organizaron una velada con antorchas. Las absurdas formas góticas de ese edificio calcado del medioevo francés se convirtieron en un aquelarre mefistofélico que terminó añadiendo una súplica ("protégenos") a mis plegarias nocturnas. ¿Qué estaba pasando en mi país? En esa Argentina que parecía fielmente dibujada en aquellas tapas de pasta del manual *La aurora del saber*. Donde nada podía ocurrir que no fuera grande y magnífico como aquel campo infinito sembrado de un trigo opulento que nos hacía los dueños del mundo y que sólo conocía como límite un sol naciente con rayos que nos alejarían para siempre jamás del frío y la tribulación.

Algo pasaba, sin duda. Y "este hombre, Cipriano Reyes" que volvía, una y otra vez, en las conversaciones entre las mamás que esperaban la salida de las clases o nuestras respectivas familias y parientes, marcaba seguramente un nuevo grupo social del que no quedaba otra que enterarse. Los frigoríficos de Berisso entrevistos en Sucesos Argentinos antes de la película de la vermouth ya no eran una realidad lejana y ausente. Aparentemente era allí donde Cipriano era poderoso y manejaba unas huestes que "van a sacarlo de la cárcel". ¿A quién? Al coronel Perón, por supuesto. A ese hombre de gran sonrisa, parecido a Gardel y que me resultaba secretamente muy atractivo.

¿Qué estaba ocurriendo en aquella mañana de sol con un veranito precoz que venía a insinuarse a mediados de octubre? Desde muy temprano mi tía China se hizo presente por teléfono: –¿Saben algo nuevo? –preguntó como al filo de una conversación anterior. Aproveché de inmediato aquel nivel de informante que me confería un adulto–. Hay novedades... –traté de saberlo todo– hay paro general.

–Sí, claro. La tía China estaba asustada pero no por eso dejaba de oír la radio. Mirá, me parece que vienen para acá...

Se me enfriaron las tripas. "Acá" es este barrio, mi casa, esta vida sin sobresaltos. Y no hay nada más inquietante para un chico que no saber demasiado qué es lo que viene de "allá". Quizás así empieza la barrera del prejuicio. –Han bajado los puentes... –explicó la tía informante sin soñar, por supuesto, que esos puentes bajos o altos incluirían siempre un factor determinante.

Además, recuerdo, me asustó no entender realmente lo que estaba pasando. Todo Barrio Norte había cerrado sus persianas. Seguramente no por el sol; seguramente sí para atisbar a través de las ranuras indiscretas todo cuanto ocurriría en la calle.

Comenzaron a pasar tranvías con racimos de gente que ocupaba hasta los techos y engalanaba el cable del troley con banderas argentinas.

–Van a la Plaza de Mayo.

Iban cantando estribillos y coreando el nombre de Perón. Y, de pronto, un sonido profundo, nuevo. Un ritmo desconocido. Un desorden sobre la doble vía del 63 y, como fondo, las torres de la iglesia de San Agustín. Y a pesar de tantos años repito "desorden". Porque eso significaba aquel pequeño grupo de hombres y mujeres que seguían al que tocaba el bombo.

–Se formará un Frente Popular –oí preguntar en aquel día extraño y no pude despegarme de la ventana que me proyectó hacia nuevas galaxias que tardé años en comprender.

Llegaron los diarios de la tarde. *Crítica* y *La Razón*. Y en las primeras planas había grandes fotos. Mucha gente, mucho sol. Algunos remojándose en las fuentes cercanas a la Casa de Gobierno. Nadie en tren de batalla. Más bien, diría, en tren de descubrir los halagos de una larga tarde con canciones y chapoteo de aguas antes prohibidas. Una toma de posesión. Advertir que "el centro" lejano y temible ya no era algo prohibido. Y la Plaza de Mayo, menos.

Realmente los adultos no saben demasiado, pensé, aliviada. Y con la misma desaprensión con que no entendemos la Historia que nos pasa por al lado continué la lectura apasionante de *La isla del tesoro*.

CARLOS IMIZCOZ

"Cometimos un gran error"

"El Banco de Italia, donde yo trabajaba, cerró ese día muy temprano por falta de público. Así que muchos nos fuimos a la Plaza, que estaba ahí nomás. Me impresionó el hecho de que hubiera tantas mujeres; hay que pensar que entonces no votaban y mucho menos salían la calle por política.

"Nosotros habíamos mejorado muchísimo con Perón. Una vez fuimos a verlo acompañando al secretario de la Asociación Bancaria, Santos Rueda, un dirigente muy reformista. Llevamos un pliego reclamando las siete horas de trabajo. El nos dice de inmediato: 'A ustedes los explotaron durante muchos años y ahora es hora de que tengan este beneficio'. Salimos aturdidos por esas palabras, que nunca habíamos escuchado de un funcionario.

"Otra vez vamos a verlo al coronel Mercante en el Concejo Deliberante y vemos que mueve la cabeza en gesto desaprobatorio cuando lo lee. Se nos vino el alma a los pies. Pero después nos dice: no pidan el escalafón, pidan lo mismo que los del Banco Nación. Eso era el doble de lo que nosotros pedíamos. Después nos dimos cuenta de que como ya habían resuelto la nacionalización de los depósitos y todos los bancos pasaban a ser virtuales agencias del Banco Nación, ello equiparaba a todos los bancarios.

"Nuestro gremio tardó mucho en adherir a la CGT; éramos empleaditos de cuello duro. El 17, incluso, nos fuimos antes del discurso de Perón: nuestro estado de ánimo era muy diferente del grupo de obreros del sur.

"Yo me afilié al PC en enero del '46 y fui fiscal en las elecciones. Quedé marcado. Ahora pienso que el error histórico del partido fue no haber mantenido su independencia de la Unión Democrática. El frente era una necesidad de la guerra y ésta ya había terminado. Perón era un militar con ideas corporativas, pero fue más astuto: viró rápidamente.

"José Peter era el dirigente máximo del gremio de la carne. Y ocurre lo de la huelga, que en una asamblea –obligado por la dirección del partido– pide que se levante para no cortar los suministros de carne a los aliados, a cuyo frente estaba la URSS. Allí toma hegemonía Cipriano Reyes: si no, ni siquiera nace. Ese fue el principio de nuestra decadencia."

(Testimonio recogido por R.F.)

NACIONALISTA SERGIO CERON

"Ayudamos a parar talleres"

"En las Juventudes Secundarias Nacionalistas, que era como la rama estudiantil de la Alianza Libertadora Nacionalista, los pibes fluctuábamos entre bronca a los ingleses, explotadores históricos de la Argentina, y el acercamiento al nacionalismo europeo. No al nazismo, que era pagano, sino a la Falange española, de inspiración católica como nosotros. Admirábamos a José Antonio, que era una especie de Che de derecha.

"En el 'fortín' (que eran nuestras unidades básicas) de Almafuerte y Del Tigre, en Parque Patricios, Juan Puigbó, que era un dirigente nacional y era funcionario de la Secretaría de Trabajo, nos informó que había muchas vacilaciones sobre qué hacer tras el arresto de Perón. Todo cambió cuando empezó la movilización en Berisso.

"Nosotros éramos estudiantes pero como militábamos con gente de extracción obrera tuvimos alguna participación. El 17 ayudamos a parar talleres porque no todos los obreros querían plegarse, ya que la propia CGT estaba dividida en torno al tema de Perón. Algunos de la Alianza, mayores que nosotros, estaban armados. Su función era presionar a los patrones para que no se opusieran a la salida de la gente de los talleres. Oí que así se paró Volcán.

"La gente daba vuelta los tranvías y los enviaba de nuevo para el centro cargados de manifestantes. La policía apoyaba con su pasividad porque había un acuerdo con el jefe de policía, el coronel Filomeno Velazco, que era leal a Perón.

"Cuando vi en la plaza a gente con los pies en la fuente, me pareció de mal gusto. Pero lo que nunca podré olvidar ocurrió casi debajo de un balcón de la Casa Rosada. De pronto veo a un policía gritando y un barullo. Un civil se para entre la multitud y explica que al policía le habían robado la pistola. 'El compañero dice que está por Perón pero que si la pistola no aparece, la va a tener que pagar de su bolsillo.' Entonces, de pronto, por entre la cabeza de la multitud se ve pasar de mano en mano una pistola calibre 45, que le estaban devolviendo a su dueño."

(Testimonio recogido por R.F.)